

ALFAGUARA



Elvira Lindo

**Algo más inesperado
que la muerte**

PRIMERA PARTE

Cosas que se piensan pero no se dicen

La dependienta se ha marchado a por una talla más y ella se ha quedado sola. Cuando se mira al espejo todavía tiene la sonrisa en los labios. La sonrisa estaba dedicada al diminutivo que utilizó la dependienta. Dijo: «Una tallita más», y Eulalia bromeó sobre esos dos kilos de más como si no importaran, como si ella estuviera por encima de estas, de otras vulgaridades. Pero ahora que se ha quedado sola la sonrisa pierde todo el sentido porque Eulalia se encuentra ante lo que verdaderamente piensa. Piensa que la dependienta utilizó el diminutivo, una tallita, para no desanimar a una clienta que probablemente está dispuesta a gastarse un buen dinero, que es capaz de dejarse vencer por un capricho y comprar cosas inesperadas, que no le hacen falta, que puede que nunca se ponga. Ha utilizado el diminutivo con esa inteligencia que tienen las dependientas de los sitios caros para borrar los defectos evidentes de sus clientas. Pero Eulalia sabe muy bien que ese diminutivo no es más que una estrategia comercial, puede imaginarse, por qué no, a la dependienta comentando en voz baja a alguno de sus compañeros algo irónico, grosero incluso, sobre la imposibilidad de que a esa mujer que espera sola en el probador le sienta algo aceptablemente bien. Eulalia piensa que tiene el defecto de la lucidez, una lucidez que le sobre-

viene en los momentos en que está sola, la voz interior que le asalta de pronto analizando todo aquello que los demás le han dicho y que le tortura provocándole en el pensamiento una inundación de las probables intenciones torcidas de los otros. El psiquiatra le dijo que se trataba de una forma leve de paranoia, eso le dijo, aunque cuando ella levantó las cejas en un gesto que expresaba el profundo malestar ante la idea de ser una paranoica, peor aún, de que alguien la tomara por una paranoica, el doctor Millán suavizó la afirmación, quiso tranquilizarla, convencerla de que la paranoia es uno de los trastornos más frecuentes de la psiquiatría, que la mayoría de la gente, de cualquiera que no haya contemplado jamás la idea de ir a un especialista, convive con ideas paranoicas. El egoísmo, la egolatría, la necesidad perpetua de ser adulado, de que el juicio que tienen los demás sobre nosotros sea positivo, esos defectos que definen a muchas personas y que nunca se toman por asuntos psiquiátricos, encubren muchas veces, en mayor o menor grado, ciertos niveles de paranoia. Y te diría más, le dijo Millán, es algo frecuente en los individuos con una sensibilidad creativa: todo para ellos es rabiosamente personal, todo es autorreferencial, no hay nada en el mundo que no guarde una estrecha relación con ellos, hasta el punto de hacer conexiones absurdas de pensamiento para llevarlo siempre al terreno que quieren, al yo; lo que ocurre es que la palabra da miedo, pero tener leves trastornos psiquiátricos es casi inherente al ser, ¿de qué viviría yo, si no?; ¿quién está sano?, ¿conoces tú a alguien que esté sano, Eulalia? Tú que te mueves en un mundo de personas inteligentes, capaces,

que han logrado encauzar todas sus frustraciones, sublimar incluso sus taras en un trabajo artístico, ¿piensas que esas personas sensibles, competentes, que tú conoces, que admiras, están completamente sanas?

Ahí se acabó aquella sesión. Eulalia y el doctor Millán se tendieron la mano y ella salió del despacho con la sonrisa en los labios, la misma sonrisa amistosa y ligeramente irónica que regalaba tantas veces al día, la que había dedicado hace tan sólo un momento a la dependienta, una sonrisa que siempre se borraba de pronto, como si los labios perdieran la vida, perdieran musculatura y se cayeran hacia abajo en un gesto repentino. Nada más salir aquel día del despacho del psiquiatra, Eulalia pensó que era evidente que el médico, después de lanzar una afirmación tan inquietante, había intentado rectificar teorizando sobre la línea invisible que separa la cordura de la enfermedad. Estaba claro que lo había hecho para que ella no se molestara en exceso y siguiera acudiendo a su consulta. Pero ya estaba dicho. Para su mente torturada y obsesiva ya estaba dicho, sabía perfectamente que la palabra paranoia rondaría a partir de ese momento por su pensamiento de una forma latente brotando a la conciencia en el momento más inadecuado, cuando estuviera entrando en el sueño, o en esa hora del amanecer en la que desde hace ya casi un año se despierta.

No, el psiquiatra había rectificado porque no quiere perderla, al fin y al cabo, tiene con ella una información más que apetecible de los personajes de la vida pública; en cualquier relato de la semana que le cuenta deja caer varios nombres

de gente conocida, y no porque ella tenga un empeño especial en relatar a Millán ciertos cotilleos culturales, sociales, sino porque la vida de Eulalia y de Samuel, su marido, está inevitablemente ligada a la de otros personajes públicos. Forman parte de ese hilo de celebridades del que, si uno tirara, sacaría una por una a todas las personas que son alguien en este mundo. Cuando el doctor Millán escucha esos nombres célebres adopta un gesto neutro. Es evidente que sabe muy bien de quién habla su paciente pero él finge —o tal vez no finge— que por lo único que le interesan las historias, chismes, mezquindades, de esos personajes secundarios es por la relación que guardan con ella y con su infelicidad, por llamar de algún modo a la dolencia de la que Eulalia intenta curarse. En esos momentos en los que el doctor teoriza o intenta centrar una conversación que se ha dispersado en exceso, Eulalia se dedica a observarle. Piensa en lo extraordinario del llamado secreto profesional. Quién se cree eso. Ella intuye el placer con que el médico escucha secretos a los que jamás habría tenido acceso si no fuera porque un día ella se puso en sus manos intentando solucionar un insomnio persistente y agotador que le provocaba el miedo, cada vez más acusado, a perder la razón. Está segura, muy segura, de que él llegará a casa y le contará a su mujer, o a su novio —es tan neutro cuando está con ella que cabe la posibilidad de que sea homosexual—, algún detalle de la jugosa sesión de la tarde. La mujer, o el novio, querrán saber más. Él no lo contará todo a la primera, tiene que demostrar cierta honradez, ciertos escrúpulos, pero él, o ella, insistirán, jurarán que no van a contar nada

a nadie, y el doctor Millán, como cualquier psicólogo, psiquiatra, confesor o ginecólogo, acabará narrando la historia al completo, no sólo sirviéndose de las palabras que su paciente ha empleado sino añadiendo su propio juicio, analizando la forma en que le fueron contados tales episodios, tal vez desvelando al hacerlo en voz alta algunos aspectos que él mismo no llegaba a comprender, tal vez escuchando la opinión de su mujer, de su novio, y apuntando, por qué no, en el cuaderno dedicado a esa paciente —el mismo en el que toma nota durante las sesiones— una ocurrencia espontánea de su pareja, que resulta ser luminosa y precisa, con esa perspectiva nada desdeñable que a veces tienen los de fuera, los que están más allá de aquel pequeño despacho en que una mujer aquejada de insomnio y un psiquiatra intentan desenmarañar una mente que es, sin duda, mucho más compleja de lo que a primera vista esa sonrisa tan aparentemente franca quiere parecer. Puede que fuera después de una de esas conversaciones domésticas cuando el doctor Millán anotó la palabra Paranoia, pensando que a veces hay que arriesgarse y lanzar una idea bruscamente al paciente a ver qué efecto provoca, igual que se cuentan las ondas que se forman cuando tiramos una piedra al agua. Y para él fue evidente que en ese gesto involuntario de disgusto que brotó en la cara de su paciente al escuchar el posible diagnóstico, se desvelaron algunas cosas. Al menos, el nivel de sus miedos. Ella recuperó casi inmediatamente la compostura como si no quisiera que se apreciara cuánto dolor había provocado esa afirmación inesperada, que tomó íntimamente más como una acusación que como

una puerta que se abría. Se sobrepuso. Aunque el asombro siguió en su interior, en su cara apareció la sonrisa, y la mantuvo mientras se daban las manos cordialmente como hacían al final de todas las sesiones para despedirse. Las manos de él mostrando el afecto profesional, enigmático, de los psiquiatras.

Desde aquel día Eulalia intenta borrar de su pensamiento lo más rápidamente que puede aquello que le provoca desconfianza hacia los demás. Es una forma de demostrarse a sí misma que no hay ni sombra de paranoia en su actitud. Intenta controlar la idea de que en cada frase que le dirigen, la más trivial, va envuelta una pequeña agresión. Una tallita más. Bueno, qué coño importa. Tampoco importa lo que esta dependienta que ahora abre la puerta y le da otra blusa haya comentado con sus compañeras. Al fin y al cabo es cierto que hoy, por lo que sea, nada le sienta bien. Probablemente su malestar proceda de que le gusta una ropa que ya no le corresponde. Nada más que eso. Nada menos. El hecho de no poder abrocharse una talla cuarenta la ha precipitado a un repentino desánimo. Como si en ese pequeño hecho nada trascendental, más bien bobo, una talla más, que ocuparía un reportaje en el *Cosmopolitan* pero nunca unas páginas de interés literario, estuvieran resumidas todas aquellas cosas fundamentales que provocan el que una mujer acabe llorando dentro del probador de una tienda. Aunque Eulalia no lo piense o no sepa que lo está pensando, en esa ansiedad que ahora mismo le sube del pecho a la boca y llena su abdomen de sudor frío, están contenidas muchas tristes evidencias. La primera de ellas, que la

vida ha perdido el ingrediente de excitación que otorga el saberse joven y deseable. Esta tarde está eligiendo un conjunto para una cena que va a dar en casa. Sabe las personas que van a asistir, once. La comida está encargada. Se la llevan a las ocho. A las ocho y media acudirán dos camareros contratados para la ocasión. La mesa ya está puesta, dispuesta, incluso ya decidieron entre Samuel y ella dónde sentar a los invitados, es penoso hacerlo a última hora, cuando las personas rodean la mesa con el vaso en la mano esperando que alguien les diga dónde les toca o arrimándose disimuladamente al comensal que más les interesa. Samuel presidirá, por supuesto, y a su lado, sentarán a la mujer del cónsul, además de ser lo apropiado también es un deseo de Samuel, que siempre quiere tener mujeres hermosas cerca para mantener un coqueteo que a Eulalia no se le escapa pero tolera porque sabe que su sitio en el mundo ya no peligrará y porque en el hecho de ser condescendiente con un marido mucho mayor que ella, con un viejo, va implícita cierta venganza muy sutil: la de no sentir celos de aquel que en cuestión de pocos años va a depender de ti para siempre.

Le queda mucho mejor esta blusa más ancha. Le queda bien, sí. Le da un aspecto entre juvenil y sofisticado. Eso es lo que dice la dependienta que se ha colocado detrás de ella. Es un probador muy grande, como una habitación, les permite estar a solas y mirar al espejo con cierta distancia. Estás muy guapa, te da un estilazo bárbaro, dice, y se queda contemplándola con una especie de orgullo personal porque sabe que hoy ha sido difícil acertar, no se le escapa que su clienta tiene los ojos